

# HOMERO EN KAZANTZAKIS EL LLANTO DE PENÉLOPE

Miguel Castillo Didier

El gran vínculo entre la *Odisea* homérica y la de Kazantzakis es obviamente Ulises. A través de él se continúa el viejo poema, no estrictamente desde su final, sino a partir del verso 477 de la rapsodia XXII. La nueva aparición de Ulises se produce luego de la muerte de los pretendientes y de las esclavas que los habían apoyado. Desde ese punto, el relato comienza a alejarse del texto y del mundo homéricos, aun cuando a través de las primeras rapsodias Odiseo actúa todavía en Itaca e incluso narra ante su familia los episodios de su regreso, los que él caracteriza como “tentaciones”. Son los encuentros y la relación con tres personajes femeninos: Circe, Calipso y Nausícaa. Ellas representaron a la muerte, en el sentido de que cada una trató de apartar a Ulises de su camino a la patria y al hogar.

Pero además de ese relato que nos remite a la *Odisea* antigua, durante las primeras ocho rapsodias todavía nos encontramos con personajes del antiguo mundo homérico, aunque cambiados por el paso de los años. En la isla natal, Odiseo encuentra a Penélope, Telémaco y Laertes. En Esparta, a Helena y a Menelao. En Creta, a Idomeneo. La personalidad de todos ellos ha evolucionado y los papeles que desempeñan son cada vez más distintos de aquellos que tenían en los poemas homéricos.

Siendo el poema de Kazantzakis la continuación del de Homero, hay entre los textos una diferencia radical. La obra del poeta cretense representa la inversión del motivo del retorno al hogar y a la tierra patria, pues Odiseo vuelve a partir de la isla a la que tanto anheló volver.

En la *Odisea* homérica, Penélope es una figura cuyo carácter paradigmático ha trascendido el mito antiguo, para pervivir indefinidamente. Ella encarna la fidelidad conyugal a toda prueba, a prueba de veinte años de ausencia y de toda suerte de sollicitaciones de parte de los pretendientes. Legítimamente podría haber decidido terminar su soledad. Su propio hijo lo considera así, cuando contesta a Agelao, quien afirma que “ahora ya es evidente que no volverá” el ausente. Dice Telémaco: “No; ¡por Zeus y por los

trabajos de mi padre que ha muerto o va errante lejos de Itaca!; no difiero, oh Agelao, las nupcias de mi madre; antes la exhorto a casarse con aquél que, siéndole grato, le haga muchísimos presentes”<sup>1</sup>. La mujer ha perdido su juventud y parte importante de su vida, sin gozar de la vida conyugal con un esposo amante. El ideal de los esposos lo expresa Odiseo como “el de gozar de la juventud y llegar juntos al umbral de la vejez”<sup>2</sup>. Pero los dioses no le permitieron vivir ese ideal. Ella y Odiseo perdieron sin remedio todos esos años en los que habrían visto juntos crecer al hijo. Y éste ahora, al llegar a la vida adulta, no puede recordar al padre, a quien no alcanzó a conocer, tan pequeño era cuando el progenitor debió partir a Troya.

El amor al esposo y la fidelidad a su persona y a su recuerdo caracterizan a esta mujer, que con tenacidad resiste el asedio de los pretendientes. Y su personalidad es caracterizada por el poeta y por los diversos personajes por la prudencia. Su epíteto es “prudente”, *περίφρων*, se repite en las menciones de Penélope<sup>3</sup>. También se le aplica el término *echephron*, de semejante sentido al anterior<sup>4</sup>.

La tristeza de Penélope por la ausencia de Odiseo es la manifestación más persistente de su profundo amor. Cuando el aedo Femio canta el deplorable retorno que Palas Atenea había deparado a los aqueos que lucharon en Troya, la mujer, “con los ojos arrasados de lágrimas”, habla así al cantor: “[...] Deja ese canto triste que constantemente me angustia el corazón en el pecho, ya que se apodera de mí un pesar grandísimo que no puedo olvidar. ¡Tal es la persona de quien padezco soledad, por acordarme siempre de aquel varón cuya fama es grande en la Hélade y en el centro de Argos”<sup>5</sup>. Y cuando, obedeciendo a la exhortación de Telémaco, Penélope sube a su habitación, “lloró a Odiseo, su caro consorte”<sup>6</sup>. También llora cuando, por inspiración de Atenea, debe sacar el arco de Ulises para que se realice la competencia entre los pretendientes. Tomó el arco en sus manos, “sentóse allí mismo, teniéndolo en sus rodillas, lloró ruidosamente y sacó de la funda el arco del rey. Y cuando ya estuvo harta de llorar y de gemir, fuese hacia la habitación donde se hallaban los ilustres pretendientes”.

---

<sup>1</sup> Homero: *Odisea*, XX, 339-342. Texto castellano: Homero: *Obras Completas*. Traducción Luis Segalá y Estalella, Introducción (“Homero”) Arturo Marasso, “La estética de Homero” Manuel Trías, Editorial Ateneo, Buenos Aires, 1954.

<sup>2</sup> *Ibíd.*, XXIII, 210-211.

<sup>3</sup> *Ibíd.*, I, 329; IV, 787, 808 y 830; V, 216

<sup>4</sup> *Ibíd.*, IV, 111.

<sup>5</sup> *Ibíd.*, I, 340-344.

<sup>6</sup> *Ibíd.*, I, 363.

Llora asimismo Penélope, pero de alegría, cuando Euriclea le dice que Odiseo ha retornado. No puede creerlo y por eso regaña a la criada, pues la ha despertado, en circunstancias que por primera vez desde que su esposo partió para “aquella Ilión pernicioso y nefanda”, había podido descansar bien. Cuando Euriclea le asegura que dice la verdad, “alegróse Penélope y, saltando de la cama, abrazó a la anciana; dejó que cayeran las lágrimas de sus ojos”<sup>7</sup>.

Igualmente son lágrimas de alegría son las que coronan la *anagnórisis*, el proceso del reconocimiento, que el poeta relata en forma maestra, desde la primera visión del esposo, aún con vestiduras miserables y el rostro desfigurado, que produce estupefacción a la mujer, hasta el acierto de Ulises en la prueba a que ésta lo somete. Al terminar Odiseo de describir el lecho nupcial, tallado sobre el tronco de un olivo, “Penélope sintió desfallecer sus rodillas y su corazón [...]. Al punto corrió a su encuentro, derramando lágrimas; echóle los brazos alrededor del cuello; lo besó en la cabeza”<sup>8</sup>.

Después que la mujer explica a Odiseo sus vacilaciones para reconocerlo, los dos esposos lloran, y “llorando los hallara la Aurora de rosáceos dedos”, si Atenea no hubiera alargado la noche.

La mujer prudente, a quien la soledad y las lágrimas acompañaron durante veinte años, fue immortalizada por el poeta como paradigma de la esposa amante y fiel. Su virtud está constituida esencialmente por esa fidelidad. El alma de Agamenón, en la rapsodia XXIV, profetiza no sólo la pervivencia de la fama de Penélope, sino también el hecho de que será cantada en los siglos venideros. Así le habla a Ulises la sombra del desdichado Atrida: “¡Feliz hijo de Laertes! ¡Odiseo fecundo en ardides! Tú acertaste a poseer una esposa virtuosísima. Como la intachable Penélope, hija de Icarío, ha tenido tan excelentes sentimientos y ha guardado tan buena memoria de Odiseo [...], jamás se perderá la gloriosa fama de su virtud, κλέος ἥς ἀρετῆς, y los inmortales inspirarán a los hombres de la tierra graciosos cantos en loor de la discreta Penélope”<sup>9</sup>.

Por su parte, Penélope está consciente de su gloria. Cuando el pretendiente Eurímaco la elogia por su belleza, su sabiduría y su rectitud, ella replica: “Mis atractivos, la hermosura y la gracia de mi cuerpo, destruyéronla los inmortales cuando los argivos partieron para Ilión y se fue con ellos mi

---

<sup>7</sup> *Ibidem*, XXIII, 32-24.

<sup>8</sup> *Ibidem*, XXIII, 205-208.

<sup>9</sup> *Ibidem*, XXIV, 192-198.

## Miguel Castillo, Homero en Kazantzakis...

esposo Odiseo. Si éste volviendo, cuidara de mi vida, mayor y más bella sería mi gloria *μείζον κε κλέος εἶη ἐμὸν καὶ κάλλιον*<sup>10</sup>.

Pero el mayor elogio de Penélope lo tejió el propio Ulises, cuando, todavía en apariencia de pobre forastero, comienza a contestar las preguntas de la mujer: “Ninguno de los mortales podría censurarte, pues tu gloria llega hasta el anchuroso cielo como la de un rey eximio y temeroso de los dioses, que impera sobre muchos y esforzados hombres, hace que triunfe la justicia y al amparo de su buen gobierno la negra tierra produce trigo y cebada, los árboles se cargan de fruta, las ovejas paren hijuelos robustos, el mar da peces y son dichosos los pueblos que le están sometidos”<sup>11</sup>

Así como Penélope fue inmortalizada como prototipo de esposa amante y fiel, Odiseo pasó a la inmortalidad como paradigma del hombre fiel a su hogar y a su patria; como el hombre que, durante diez años, lucha con poderosos enemigos, enormes obstáculos y graves tentaciones, para volver a su tierra y a su casa. Pero tanto en la *Odisea* como en la *Iliada*, varias otras cualidades – positivas y negativas – caracterizan a este hombre “de múltiple ingenio”. No es extraño, entonces, que ya en la Antigüedad surgieran versiones distintas acerca de lo que fue su vida después de su retorno a Itaca.

Por otra parte, también ya en la Antigüedad se había puesto en duda el cumplimiento de la profecía de Tiresias, cuya sombra había dicho al peregrino Odiseo, cuando a éste le fue concedido descender al mundo de los muertos: “Te vendrá más adelante y lejos del mar una muy suave muerte, que te quitará la vida cuando ya estés abrumado por placentera vejez” (12). Plinio el Viejo en la *Historia Natural* (13) acogió la leyenda de una nueva salida de Ulises desde Itaca. Otra tradición pretendía que el héroe había muerto a manos de Telégono, hijo suyo y de Circe. La idea del nuevo viaje la Dante presenta, desarrollada, en la *Divina Comedia, Infierno*, en un pasaje que podría considerarse la base de la idea de Kazantzakis para su nueva *Odisea*.

Petronio, en su *Exortatio ad Ulixem* utilizó el motivo del viaje como fuente de conocimientos y experiencia. El poema toma la forma de un llamado, una exhortación al joven Odiseo a que deje sus lares:

---

<sup>10</sup> *Ibídem*, XVIII, 251-255.

<sup>11</sup> Para F. Frontisi-Ducroux y J. P. Vernant, aquí Ulises pinta “magnificado, su propio retrato; al expresar la gloria de su mujer, dibuja la figura ideal de lo que él será, de lo que debe ser al término de sus vagabundeos, cuando vuelto a ser él mismo y restablecido el orden y la paz, reine de nuevo sobre la tierra y el pueblo de Itaca”. Estos autores recuerdan también, a este propósito, la descripción que del buen rey, dispensador por su virtud de todas las bendiciones, que hace Hesíodo, *Los trabajos y los días*, 225-237. “En el ojo de Penélope”, en *En el ojo del espejo*. Sin mención de traductor, F. C. E., Buenos Aires, 1999, p. 193.

Linque tuas sedes alienaque litora quaere,  
(o) iuvenis: maior rerum tibi nascitur ordo.  
Ne succumbe malis: te noverit ultimas Hister,  
te Boreas gelidus securaque regna Canopi,  
quique renascentem Phoebum cernuntque iacentem:  
maior in externas Ithacus descendat Harena<sup>12</sup>.

Deja tus moradas y costas extranjeras busca,  
oh joven. Nace para ti una serie mayor de acontecimientos.  
No sucumbas al mal: te ha de renovar el Danubio extremo,  
el bóreas helado, los tranquilos reinos del Egipto  
que ven al sol levantarse y descender.  
Y más grande que descienda Ulises en lejanas playas.

Entre los fragmentos de Petronio, hay otro en que el motivo de Ulises halla una hermosa expresión. Aquí se establece un contraste entre la dulzura y quietud de la vida en tierra, en la tranquila Itaca quizás, y las penalidades y duras luchas que caracterizan la vida del errabundo marino. El *illic* y el *hic*, el allá y aquí, que encabezan, alternadamente, ocho de los diez versos, ponen de relieve esa antítesis. En los dos últimos versos, en los que no aparecen el *illic* y el *hic*, las expresiones “mendicus Ulixes” y “candida Penélope” reiteran esa contradicción entre los dos mundos, el abismo que separa la difícil sobrevivencia del héroe en el mar y la quietud feliz de Penélope en tierra. El motivo de la paciente, pero anhelante, espera del esposo ha desaparecido aquí:

Illic alternis depugnat pontus et aer,  
hic rivo tenui perui ridet humus.  
Illic diuisas complorat navita puppis  
hic pastor miti peluit amne pecus. . .

Naviget et fluctus lasset mendicus Ulixes,  
in terris vivit candida Penelope<sup>13</sup>.

---

<sup>12</sup> El poema figura en el volumen Petronio: *Le Satiricon*. Texte établi et traduit par Alfred Ernout, 9ª edición, Les Belles Lettres, París, 1982, p. 196-197.

<sup>13</sup> *Ibidem*, p. 199.

Allá uno con otro luchan el mar y el aire,  
aquí en el arroyo fino juega la tierra.  
Allá llora el marino las naves rotas,  
aquí el tierno pastor lava en la corriente a su rebaño.  
Allá la muerte cruel deshace lo fuerte  
aquí con corva hoz rinde buen trigo cortado.  
Allá en las aguas la sed abrasa a la seca garganta,  
aquí a un varón agobian con muchos besos.  
Navega el pobre Ulises y lucha con torbellinos;  
en tierra tranquila vive Penélope.

La fértil imaginación griega no dejó de pensar a Penélope con otras características, de aventurar la idea de que la mujer había sido infiel y, por ello, Odiseo, al volver, la había expulsado del palacio y la había castigado con el destierro.

Esa versión es recogida por Pausanias, quien en su viaje por la Élide encuentra una tumba que se dice ser de Penélope. Por una parte, Pausanias recuerda el poema titulado *Tesprótide*, en el cual se reiteraba el feliz reencuentro de los esposos, reafirmado, si se quiere, por el hecho de que habían tenido un nuevo hijo, Ptoliportes. Por otra parte, alude a la leyenda que existía entre los mantineos, según la cual Penélope había sido hallada culpable de infidelidad. La mujer se había desterrado en Mantinea, donde murió y fue sepultada. Éste es el texto de Pausanias: “Además de los caminos que hemos mencionado, hay otros dos a Orcómeno: en uno está el estadio llamado de Ladas, en el que Ladas se ejercitaba en la carrera, y junto a él, un santuario de Artemis; y a la derecha del camino, un elevado túmulo de tierra. Dicen que es la tumba de Penélope, pero no están de acuerdo respecto a ella con el poema llamado *Tesprótide*. En este poema, Odiseo, después de regresar de Troya, tuvo un hijo de Penélope, Ptoliportes. Pero la leyenda de los mantineos respecto a Penélope dice que Odiseo la consideró culpable de haber introducido pretendientes en su casa, y, despedida por él, se marchó al punto a Lacedemón, y algún tiempo después se trasladó de Esparta a Mantinea y allí terminó su vida”<sup>14</sup>.

En la *Odisea* de Kazantzakis, hay un verso, un pensamiento de Ulises, que sugiere que éste la imagina infiel, con lo cual se estaría acogiendo la

---

<sup>14</sup> Pausanias: *Descripción de Grecia*. Introducción, traducción y notas de María Cruz Herrero, Editorial Gredos, Madrid, 1994, VIII, 12, 5-6.

tradición de los mantineos. Pero el punto no queda bien claro en el poema. En todo caso, si así fuera, si Ulises la considera infiel, es él quien se marchará del hogar y la abandonará, y no será ella despedida, como en la leyenda de los mantineos. De todas maneras, son diversos los sentimientos que van conformando en Odiseo la idea y luego la decisión de volver a partir de Itaca. Aquí nos interesa la persona de Penélope.

En la nueva *Odisea*, la figura de Penélope es verdaderamente trágica. Aparece maltratada por el esposo que finalmente retornó y hasta por el poeta. Puesto que el relato de Kazantzakis comienza a continuación del verso 477 de la rapsodia XXII, cuando iniciamos la lectura de la nueva *Odisea*, no ha habido reconocimiento entre los esposos. Somos testigos del primer encuentro. En el verso 24 vemos a Penélope, que está sentada en el trono. El poeta la menciona desde ya como “la pobre mujer”. En el momento en que terminan veinte años de espera, ella se vuelve silenciosa y pálida a ver a Odiseo que hace su entrada en la gran sala. Pero los sentimientos de la mujer no son de alegría, sino de miedo ante el aspecto feroz de quien recién ha terminado de matar a los pretendientes. Esa especie de monstruo ensangrentado no es el esposo a quien tanto esperó. También Ulises es presa del desencanto al encontrarse frente a la mujer a la que por tantos años anheló volver a ver. Es más, lo domina la ira, pues la imagina aún “mezclada” con los pretendientes.

La escena del encuentro es realmente patética y está muy lejos del proceso de la anagnórisis en Homero:

Penélope que, silenciosa y pálida, en el trono esperaba,  
se vuelve a ver y tiemblan sus rodillas de pavor:  
“No es éste el que aguardé año tras año, oh Dios, con tanto anhelo,  
un dragón gigantesco que, semejante a un hombre, nuestro palacio pisa”.  
Presintió el arquero-del-espíritu el oscuro pavor  
de la pobre mujer y suave dice así a su irritada entraña:  
“Alma mía, ésta que, inclinada, tanto tiempo te espera  
para que abras su cuerpo y con ella te fundas entre voces gozosas,  
es la mujer que anhelaste mientras luchabas con el piélagos”.  
Dijo. Mas no se estremeció su corazón en su pecho agitado.  
Olía aún dentro de sí la sangre de los muertos  
y todavía entre los cuerpos de los jóvenes ve a su mujer mezclada.  
Torvamente la mira y el enojo su mirada enturbia:

¡la hubiera atravesado con su espada en el ardor de la pelea!<sup>15</sup>

A este primer encuentro, sigue el primer y único contacto físico, aunque fugaz, de la mujer con su marido. Éste, luego de gozar de un baño tibio y de captar las primeras señales de una sublevación de parte de los parientes de los pretendientes y de las viudas de los muertos en Troya, va al centro del palacio.

Reanímase la reina y, sin despegar los labios,  
se adelanta al umbral  
y abraza las rodillas de su esposo;  
pero él, de prisa, ordena a las mujeres refugiarse por los altos,  
y vuelve la cabeza y a grandes voces a su hijo llama<sup>16</sup>.

El temor es el sentimiento que sigue dominando a Penélope. Acaso ha querido pedir a Ulises clemencia o comprensión para con los descontentos.

La primera noche en su hogar la duerme Odiseo en el lecho matrimonial, aquél que labró sobre un tronco de olivo. Nada hay que muestre un contacto entre los esposos. La mujer lo mira desnudarse furtivamente y con temor. La noche no ocupa siquiera un verso:

[Odiseo] cuelga su vestimenta púrpura,  
y lucientes brillaron a la luz de la lámpara su pecho velludo,  
sus muslos, sus espaldas, y diríase que el fuego invadía la pieza.  
[...] Esbelto y rápido cual un muchacho saltó y trepó el casto lecho,  
el-de-tantos-sufrimientos, en olivo labrado;  
y Penélope, en silencio y con temor, abría levemente  
los ojos de largas pestañas y lo miraba, furtiva.<sup>17</sup>

Más adelante, siempre en la primera rapsodia, Penélope es nuevamente nombrada como la reina. Un anciano la menciona así, cuando expresa a Ulises – sin reconocerlo – que poco le importa si ha llegado o no el rey. Odiseo, después de haber subido a una cumbre desde la cual, por una vez, contemplará con lágrimas de emoción toda su isla, encuentra a un viejo labrador en una humilde cabaña, en el bosque, y, después de calmar su sed, le

---

<sup>15</sup> *Odisea* K, I, 24-38

<sup>16</sup> *Ibidem*, I, 198-201.

<sup>17</sup> *Ibidem*, I, 533-535 y 539-541.



anuncia que ha llegado el rey de Itaca. Pero el anciano muestra completa indiferencia:

Qué nos importa, oh Dios, a jornaleros y sirvientes  
si llegó el rey o pereció en olas de otros mares;  
la lluvia nos preocupa y nuestros huertos y corderos  
y el pan sagrado que los dioses nos dan como alimento ganado con sudor.  
Los reyes: aves inaprensibles y arreboles del viento<sup>18</sup>.

Odiseo replica al labrador y éste le contesta, reafirmando su indiferencia, y en sus palabras hallamos una tercera mención de Penélope, como “la señora”, mención despectiva. En ella está presente el motivo homérico del tejido que la mujer deshacía cada noche. El anciano no compadece, por otra parte, a los pretendientes que mató el rey.

Ni los mozos ociosos que mató los compadezco  
ni la reina merecía que por ella se desgraciaran los muchachos;  
creo que la señora bien pasó tejiendo y destejiendo,  
combinando el sí y el no con maestría<sup>19</sup>

Prosigue el contrapunto áspero entre Odiseo, siempre incógnito y el anciano labrador; y al final, aquél se arrepiente un poco de su actitud de crítica al campesino y se disculpa, quitándole importancia a sus expresiones. Alude a Penélope como “la reina”, i vasfísa, comparando su propia volubilidad con la actitud de Penélope de tejer y destejer la mortaja de Laertes:

Igual que la reina, juego yo también con saeta de dos faces;  
y el sí es la trama y el no es la naveta;  
y lo que tejo en el día velozmente lo deshago por la noche [...].  
Todas las sendas son buenas y sagradas en la tierra: también santa la  
tuya.

A diferencia de Helena, que será muchas veces nombrada por su nombre – además de serlo por sus variados y hermosos epítetos -, Penélope sólo dos veces recibe su nombre, tan célebre en el mundo desde Homero.

---

<sup>18</sup> *Ibidem*, 850-854.

<sup>19</sup> *Ibidem*, I, 860-863.

## Miguel Castillo, Homero en Kazantzakis...

Hacia el final de la I rapsodia, el pueblo comienza a congregarse para la gran fiesta a que lo convida Odiseo, y nosotros vemos la sala del trono con éste vacío. Penélope prefiere no ocuparlo, pues siente vergüenza por la muerte de los pretendientes. Y seguramente, su ánimo está triste y conturbado por el desencuentro con su esposo. Además de ser nombrada por segunda vez como “la reina”, por primera vez aparece en el poema su antiguo y famoso nombre:

El trono de la reina, cubierto con pieles blancas,  
veíase vacío y desierto, porque se avergonzó de súbito Penélope  
de aparecer ante el pueblo después de tantas muertes<sup>20</sup>.

En la II rapsodia, la soledad y el dolor de Penélope se acrecentarán hasta la terrible separación definitiva: será abandonada por el que fue su esposo, a quien había esperado durante veinte años.

En este segundo canto, Odiseo, en una escena paralela a la del poema homérico, cuenta sus peripecias; pero no ante Antínoo y los feacios, sino ante su familia: Laertes, Penélope y Telémaco. El inicio de esta rapsodia no parece anunciar lo que serán los conflictos y tempestades anímicas que se desatarán:

A la noche siguiente, junto al fuego, así que se cerraron  
las puertas de bronce y animales y siervos en el palacio se durmieron,  
con voz suave comenzó Odiseo a relatar sus sufrimientos.

Pero de inmediato aparecen ante nosotros las lágrimas de Penélope y su triste realidad: ha llegado para ella la borrasca y parece que no habrá bonanza. Dos breves comparaciones, dentro de los tres versos que nos describen la angustia de la mujer, ponen una nota de hondo patetismo. En un gran trono en-forma-de-león, está sentado Ulises, y

en un trono más bajo, la reina, con los ojos llorosos,  
se dobla como el lino fino, como la espiga tiembla:  
ya llegaron las olas y golpean su pecho oprimido.

Pero, a pesar de todo, la mujer sigue tejiendo. Inclineda, en la actitud de la persona triste, trabaja, pensando en bordar escenas de los padecimientos de su esposo. Sólo imagina que Odiseo debe haber vivido muchas peripecias en tantos años; pues hasta este momento nada han conversado los esposos.

---

<sup>20</sup> *Ibíd.*, I, 1097-1099.

Inclinada, con sus hábiles dedos, lino azulado hila con el huso,  
y lana suave para tejer a Atenea hermoso peplo,  
y pensaba bordar sobre la mar un barco negro y en torno,  
uno tras otro, los padecimientos y desdichas de su esposo<sup>21</sup>.

En el poema de Kazantzakis, Odiseo relata ante sus parientes los episodios de Circe y de Calipso. Cuenta cómo se liberó de los lazos de perdición que Zeus le envió en castigo de su soberbia, a través de Calipso, Circe y Nausícaa. En un momento, Ulises interrumpe su relato y vacila. Por instantes, un sentimiento de vergüenza ante la esposa y su hijo lo hace dudar. Pero el ánimo de decir la verdad se impone en él:

Calla el sagaz vagabundo y en silencio medita  
cómo vestir sabiamente la verdad con vestiduras ambiguas;  
pues se avergonzó ante su mujer y se sintió débil ante el hijo;  
pero el engaño aparta altivo, sacude la cabeza,  
y ¿vamos?, ya navega sin impedimentos por la oceánica memoria<sup>22</sup>.

Fugazmente, pues, aquí Odiseo ha tenido en cuenta a Penélope y ha estimado que algunas de sus acciones durante su largo vagar, no han sido correctas y su conocimiento puede herir a la esposa y escandalizar al hijo. Pero aparta la duda y comienza a narrar el episodio de Calipso. Cómo la diosa lo envolvió y lo sedujo, y él fue feliz con ella; y, poco a poco, la naturaleza divina empezó a penetrar en él y, por eso, comenzó a olvidar su condición de mortal y todo lo que le era querido: su familia y su isla. Dentro del relato, por una vez se menciona a Penélope como “la mujer”, la esposa. El corazón de Odiseo se había quedado vacío de humanidad, al empezar a convertirse en dios, y

“en su interior se suavizaron y aliviaron los sufrimientos del hombre;  
se sumergió la tierra fulgurando en los abismos del olvido,  
y cual un juego luz y nube se agitaban en el viento;  
se unían, se separaban, se borraban el hijo, el padre, la mujer<sup>23</sup>.”

---

<sup>21</sup> *Ibídem*, II, 9-12.

<sup>22</sup> *Ibídem*, II, 72-76.

<sup>23</sup> *Ibídem*, II, 128-132.

**Miguel Castillo, Homero en Kazantzakis...**

Prosigue el relato con la emocionante escena de la recuperación de la condición humana, a partir del hallazgo de un remo que el mar arrojó a la playa por donde vagaba Odiseo. Cuando éste se da cuenta de que ese trozo de madera es un remo, recuerda la vela y la quilla espumeante de su barco. Y todo lo humano, borrado hasta entonces, reaparece en su memoria:

Vinieron en multitud los viejos compañeros con sus brazos tostados;  
vino también el mar y me golpeó y vaciló mi entendimiento,  
y de dónde partieron recordé y dónde ellos anhelan que yo vaya.  
¡Ay!, era yo también un hombre ardiente y mi corazón bailaba.  
Y poseía yo patria, un hijo y una esposa y un navío veloz<sup>24</sup>.

Nuevamente se ha mencionado a la esposa, aunque no por su nombre. El recuerdo de ella, del hijo y del navío y la isla patria, todo ello logra rescatar a Odiseo del camino que lo estaba convirtiendo en inmortal. Y la mención de la esposa se repite cuando, luego de construir una balsa y lanzarse al mar, abandonando a la diosa, Odiseo deja ya de oír el dolorido canto de Calipso que lamenta su abandono.

Y cuando avanzaba, ya lejos, como saeta, en la ola de espumoso seno,  
y el dolorido canto se perdió en la bruma del crepúsculo,  
poco a poco la balsa se puso más pesada y se ladea:  
las sombras lo aplastaban; de mujer, de hijo, de patria se cargó,  
y dejé a mi corazón conducirse a su agrado,  
¡y éste estalló en sollozo amargo y otra vez devino humano!<sup>25</sup>

El relato sobrecoge a los que lo escuchan. Y otra vez nos conmueve el llanto de Penélope, ahora nombrada como “la pobre mujer de-dedos-de-oro”, *ermi jrusojera* ( de manos de oro, en realidad).

Huyó el huso de los dedos de la pobre mujer,  
ocultamente temblaron sus rodillas, mas mordía sus labios  
para que el sollozo se ahogara dentro de su amargo cuello níveo  
(195-197).

---

<sup>24</sup> *Ibidem*, II, 147-151.

<sup>25</sup> *Ibidem*, II, 184-189.

Prosigue la narración de Odiseo con el episodio de Circe, cuando estuvo a punto de derrumbarse en el abismo de la bestia. La visión de unos humanos, de una familia que comía apaciblemente junto al mar, le trajo un día el recuerdo de su ser humano. Y otra vez las lágrimas lo salvaron:

Y repentinamente mi garganta se hinchó y mis sienes estallaron:  
¡y otra vez me trajo hasta ti el llanto, estirpe humana! (365-366).

Finalmente, la última tentación de la muerte tomó la dulce figura de Nausícaa. Odiseo pudo vencer la tentación de formar en la isla de Esqueria un nuevo hogar y vivir en quieta paz y felicidad, abandonando el agitado peregrinar por los mares.

Pero precisamente ahora, cuando termina de contar sus penurias y su triunfo sobre las tres formas de que se revistió la muerte para impedirle volver a su patria y su hogar, Ulises descubre un último rostro de ella. Éste no es un elemento de la *Odisea* homérica o que al menos la recuerde. Su esposa le parece “una mujercilla”, dueña de casa ya marchita. El hijo más parece un anciano que un joven, con sus limitadas miras. Y el padre está ya decrepito. Es el momento en que la sensación de desencanto que ha experimentado desde su llegada a Itaca, toma forma definida.

Sella sus labios amargos y no pronuncia ya palabra.  
[...] Vuélvese y mira a su mujer, divisa al hijo y al padre,  
y estremeciósede de súbito, suspiró y tocó sus labios con la mano:  
ahora comprendía: también era la patria rostro dulce de la muerte.  
Como de fiera que se cogió en la trampa, sus ojos giran  
y se mueven llameantes, amarillos, en sus profundas cuencas.  
Estrecho como aprisco de pastor parecióle el palacio paterno,  
una dueña de casa ya marchita también esa mujercilla,  
y el hijo, como anciano octogenario, todo lo pesa con cuidado<sup>26</sup>

Casi desde el comienzo, Penélope ha intuido la desazón de Odiseo y ahora parece adivinar su pensamiento. Esta vez, su llanto es inmenso, sin esperanza:

Se acaba y se marchita el fuego y débilmente lucían las cuatro cabezas  
y las lustrosas piernas de Telémaco;

---

<sup>26</sup> *Ibidem*, II, 429 y 432-439.

## Miguel Castillo, Homero en Kazantzakis...

y lentamente en el silencio trémulo estallan desesperanzados  
en aniego, como caídas de agua, los sollozos de Penélope<sup>27</sup>.

La mujer no tendrá ya nunca más la caricia de su esposo. En su soledad y dolor, sólo halla la compasión del hijo:

Tenso saltó el hijo al trono de su madre y se detuvo  
y con muda piedad tocó sus hombros albísimos.

Después de la muerte de Laertes, se acrecientan en Ulises la sensación de encierro y la idea de volver a hacerse a la mar:

Erguido en su umbral de bronce, el piélagos contemplaba  
y brincaban peces y bajeles, en cardúmenes, dentro de su espíritu.

Penélope, en su tristeza y su temor, intenta hacer algo para apartar a Odiseo de su añoranza del mar: Antes, cuando la partida para Troya, que se recuerda en la *Odisea* homérica, ella nada pudo hacer para impedirlo. Ahora trata de hacer algo para que no se consume el abandono.

Disponía la pobre mujer que canten las esclavas  
con sus voces dulces para que apaguen el rumor del mar.  
Pero él estaba siempre entre las velas y contemplaba el ponto:  
brisas, olas, aves, voces, eran sus mesas preparadas:<sup>28</sup>

La relación entre el padre y el hijo se ha hecho cada vez más tensa. Telémaco entra decididamente en la trama de una conspiración. Penélope intuye la situación, pero no hace nada por denunciarla. Su dolor ha llegado al extremo de desear que su esposo nunca hubiera regresado y todavía vagara, anhelando ver de nuevo el humo elevándose de su casa. El poeta la ve no sólo llorando, sino también mesándose los cabellos. Ella ha sabido de las nuevas aventuras de Odiseo en Itaca, junto a los amigos que ha estado eligiendo para partir otra vez.

Y Penélope, la mujer discreta, siente en silencio estrecharse el lazo  
alrededor del cuello de su esposo, mas cerraba los labios,

---

<sup>27</sup> *Ibíd.*, II, 447-450.

<sup>28</sup> *Ibíd.*, II, 732-735.

pues quemaban su fiel corazón las múltiples historias  
que de la playa provenían y al palacio envolvían.  
Y cuando con esos vagos la noche entera jaraneaba por la arena,  
por su hijo y su casa y su elevada estirpe avergonzábbase:  
“¡Ojalá que en otras costas aún errara y ver el humo  
deseara levantarse del tejado del hogar, pero nunca – dios mío,  
lograran tocar sus manos la tierra de la patria!”  
Tales amargas penas le cobrabas, mujer de-mal-destino,  
y desesperada y silenciosa, en soledad mesabas tus cabellos<sup>29</sup>.

Odiseo, en el relato de sus penurias había dicho que al rechazar el mundo feliz que podía ofrecerle Nausícaa, en el país de los feacios, había pensado en tal belleza para su hijo. Ahora da realidad a su idea. Envía mensajeros a la isla bienaventurada. Llega la novia al fin y se realizan las ceremonias. Aquí, Penélope debe aparecer como reina suegra. El poeta habla de su “gran cuerpo cantado”, de sus “rodillas tan atormentadas” y de sus “pálidas manos que devoró el telar y que quemara el dolor”. En todas estas expresiones, como puede apreciarse, está presente el elemento clásico. Las palabras de bienvenida que pronuncia Penélope parecen reflejar la esperanza de que la nuera y luego su hijo traigan alegría a su triste hogar.

Se abren las puertas de bronce de la fortaleza y se vio  
el gran cuerpo cantado de la suegra, con los brazos abiertos:  
“¡Novia mía – musita – mi señora novia, mil veces en buen hora nos  
llegaste,  
con las coronas en la frente y con el hijo en el seno;  
en la sonrisa del nieto otra vez cual golondrina trinará el hogar!”  
Inclínase la virgen, besa las rodillas tan atormentadas  
y las pálidas manos que devoró el telar y que el dolor quemara,  
y ella la besa en cruz en sus mejillas de manzana;  
levantan el pie derecho y ambas el pórtico atraviesan<sup>30</sup>.

Al ver instalarse la joven pareja, termina de desarraigarse el alma de Ulises. Ha enterrado al padre, ha casado al hijo. Ahora los preparativos para la segunda salida de Itaca se apresuran y pronto todo está ya listo.

---

<sup>29</sup> *Ibidem*, II, 1108-1118.

<sup>30</sup> *Ibidem*, II, 1128-1236.

**Miguel Castillo, Homero en Kazantzakis...**

La noche de la boda de Telémaco y Nausícaa es también la noche de la conspiración. Ulises sorprende a su hijo, que deja el lecho nupcial para vestir sus armas. Lo increpa, haciéndolo volver donde su novia. Es ésta la única vez que Odiseo menciona a su esposa por su nombre:

“¡Eh hijo de Penélope!”, gritó y su cuello se ahogaba.

[...] Deja las armas y vuelve a tomar a tu pareja.

[...] No deseo que se manchen con sangre las coronas de la boda”.

Por última vez dormirá Odiseo esta noche en su isla y en su cama. Ni una palabra dirige a su mujer, que finge dormir, cuando, después de dejar todo preparado en la playa, va al dormitorio a descansar un poco. El llanto, el desgarrarse piel y cabellos, serán la expresión del dolor de Penélope. Abandonada para siempre, será también desde ahora olvidada. El relato en este patético pasaje la nombra como “la desdichada mujer” i ámiri yineka; “la pobre mujer” i dolia; “la infeliz mujer” i mavri yineka.

Subió Odiseo, inmutable, a su elevado lecho

y se tendió – postrera vez – junto a la infeliz mujer.

Un dulce sueño, reparador, le hizo descansar el pensamiento;

mas antes de aclarar se alzó el gallo colorado

y cantó en el patio grande, en los bordes del brocal.

Y oyó en su sueño el arquero al ave alegre de-la-cresta-triple;

levántase de un salto y se ciñe la daga de hierro,

cuelga el arco enroscado en sus espaldas tostadas,

y abre furtivo la armella, que la mujer no se asuste.

Mas ella la noche entera velaba con los párpados cerrados,

y sellaba sus labios una incurable pena muda;

y al crujir el cerrojo, los ojos entreabre suavemente

y divisa en la brumosa aurora al marido que se marcha.

No se movió ni se arrojó a abrazar llorando sus rodillas;

Bien sabía la infeliz que no hay ya esperanza alguna;

mas cuando oyó los escalones rechinar y llorar, se levantó

y a la ventanilla azul se abalanzó y alcanza a divisarlo

cómo cruza en puntillas, calmado, por los atrios e, igual que un  
ladrón,

coge ansiosamente el pasador de bronce del portón,

y, sin volverse hacia atrás, atraviesa con ímpetu la puerta;



la desdichada entonces ya saca los lamentos y se desgarrá de dolor  
piel y cabello. (1445-65)

A continuación, queremos recordar tres poemas de autores neogriegos que han tocado el motivo, o, quizás mejor, la persona de Penélope.

Uno de ellos es Yanis Ritsos, en su poema *La desesperación de Penélope*. Aquí en breves versos aparece el motivo del terrible desencuentro, de la gran desilusión de la esposa, después de la larga espera. El último verso nos habla de resignación, pero la palabra del título “desesperación” parece hablarnos con toda su fuerza, así como la terrible imagen de los pájaros bordados por Penélope con hilos rojos y brillantes, que se vuelven de color negro y ceniciento “aquella noche del regreso”.

No es que no lo haya reconocido a la luz del hogar; no eran  
los harapos del mendigo, el disfraz, - no; signos claros:  
la cicatriz en la rodilla, la fortaleza, la astucia en el ojo. Asustada,  
apoyando su espalda en el muro, buscaba una excusa,  
la demora de un poco más de tiempo para no responder,  
para no traicionarse. ¿Entonces era por éste por quien había perdido  
veinte años,  
veinte años de espera y de sueños, por este miserable  
manchado de sangre, con la barba canosa? Se derrumbó silenciosa en  
una silla,  
miró despacio a los pretendientes muertos en el suelo, como si fueran  
sus mismos deseos lo que veía muertos y le dijo: “Bienvenido”,  
oyendo ajena, lejana, su propia voz. En el rincón, su telar  
llenaba el techo de sombras en forma de verja; y todos los pájaros que  
había bordado  
con hilos rojos, brillantes en verdes arboledas, de pronto,  
aquella noche del regreso, se volvieron de color negro y ceniciento,  
volando muy bajo sobre el cielo de su última resignación<sup>31</sup>.

Athos Dimulás, en el poema *Penélope*, esboza brevemente el motivo del papel secundario de la esposa, a la que la ausencia de Odiseo la cargó con el peso del primer plano, peso del que es liberada con el regreso del héroe.

---

<sup>31</sup> Traducción de Heleni Perdikiiki.

Te traje al proscenio la ausencia de Ulises.

Y cubriste todo el capítulo épico  
con un siempre semiacabado tejido  
al que hizo fluctuar tu espera.

Hasta que llegó,  
enviándote de nuevo atrás, a lo recóndito  
del gineceo, contenta por su vuelta  
que te liberó del gran peso de ese primer  
plano, al que su ausencia te había confiado<sup>32</sup>.

El poema de Katerina Anguelaki-Rooke *Dice Penélope* esboza una serie de motivo, en torno a uno central: el de la ausencia: “la ausencia es el tema de mi vida”. Pareciera deber terminar en el verso “en tanta soledad durante tanto tiempo”.

*And your absence teaches me that art could not* \*

Daniel Weissbort

No urdía, no tejía,  
comenzaba un escrito y lo borraba  
bajo el peso de la palabra  
porque la perfecta expresión está impedida  
cuando lo de adentro es presionado por el dolor.  
Y mientras la ausencia es el tema de mi vida  
- ausencia de la vida –  
llantos aparecen sobre el papel  
y también el sufrimiento natural  
de un cuerpo despojado.

Borro, rompo, ahogo / los gritos vivos  
- donde estás ven te espero / esta primavera no es como las otras –  
y recomienza por la mañana / con nuevos pájaros y sábanas blancas  
que se secan al sol. / No estarás aquí nunca  
regando las flores / los viejos cielorrasos goteando  
cargados de lluvia / y mi personalidad diluyéndose

---

<sup>32</sup> Traducción de Nina Anghelidis.

\* Y tu ausencia me enseña aquello que el arte no pudo.

dentro de la tuya / tranquilamente, de manera otoñal...

Tu exquisito corazón / - exquisito porque lo elegí –  
estará siempre en otra parte / y yo con palabras cortaré  
los hilos que me ligan / al hombre concreto  
de quien tengo nostalgia, / hasta que Odiseo se convierta en símbolo  
de Nostalgia  
y viaje por los mares / de la mente de cada uno.  
Me olvido de ti con pasión / todos los días  
hasta que laves los pecados / de la dulzura y el perfume  
y que ya totalmente limpio / entres en la inmortalidad.  
Es una tarea ardua y sin gracia.

Mi única recompensa es comprender  
por fin qué es la presencia humana / y qué la ausencia  
o cómo funciona el yo / en tanta soledad durante tanto tiempo.  
(Que no se detiene por nada el mañana.  
El cuerpo sin cesar se recrea a sí mismo  
se levanta del lecho y se acuesta  
- como si lo talaran / alguna vez enfermo, alguna vez enamorado  
esperando / que aquello que pierde en tacto / lo gane en esencia.)

## **HOMER IN KAZANTZAKIS: PENELOPE'S WAIL.**

Kazantzakis singled out Ulysses among the rest of the classical world's characters as the one through which to express the summa of his philosophical and existential anxieties. Among the many characters of his *Odyssey*, there remain some borrowed from Homer: Penelope, Laertes, Telemachus, Menelaus, Idomeneus, Helen, and two already dead in the old epic, Anticlea and Argos. In the modern poem Penelope becomes an intensely tragic character. The faithful wife's long wait ends with a terrible disillusion, an unbridgeable gap separates her from the arriving husband. The tears, which in Homer were the token of her sadness over the absent husband at first, and of joy during the meeting afterwards, become bitter tears of pain over the disillusion at first, and over the abandonment later. Odysseus buries his father and marries his son before leaving again. Penelope is deserted for ever, the spouses never meet again during Odysseus' stay in Ithaca.